

**UNA MÁQUINA
SIN FRENOS**

UNA MÁQUINA SIN FREÑOS

Enrique Domingo Pérez

 **FUNDACIÓN**
VINATEA EDITORIAL

© De los textos: Enrique Domingo Pérez

© De las ilustraciones: Rosa Molins Ten

© De la presente edición: Fundación Vinatea Editorial

Maquetación y artes finales: Héctor Ortíz-Villajos Gómez

Diseño de la cubierta: Héctor Ortíz-Villajos Gómez

1ª edición: agosto de 2026

ISBN: 979-13-990910-7-6

DL: V-

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo podrá ser realizada con la autorización de los autores y propietarios de la misma.

A mi padre.

Te fuiste joven.

Me enseñaste despacio.

Índice

Palabras de la Alcaldesa.....	11
Prólogo: Una mirada necesaria.....	13
I. La infancia en el Mirador.....	17
II. El barranco de los Siete Lagos.....	27
III. Laureano Sanchis. Un mito de Calles.....	33
IV. Domeño y la última frontera.....	39
V. El hombre y la tierra.....	45
VI. El tío Nazario.....	51
VII. Aquella farmacia de Alpuente.....	57
VIII. Los cangrejos de río.....	63
IX. La veda de la trucha.....	69
X. Rescate Emocional.....	75
XI. La discoteca Sibium.....	79
XII. Los columpios.....	87
XIII. Don Vicente.....	93
XIV. La gran riada.....	99
XV. Mi paso por Chelva.....	105
XVI. La Peña Cortada.....	111
XVII. El A.C. Calles.....	115
XVIII. El frontón.....	121
XIX. La Ouija.....	127
XX. Pinos, diques y ramblas.....	133
XXI. Las mujeres de Calles.....	139
XXII. Un grupo, una época, una vida.....	143
Epílogo: El reencuentro.....	147
Fotos.....	151





I.- LA INFANCIA EN EL MIRADOR

Llegado el verano, había días que intentaba ser el primero de la casa en despertar para poder comprobar si el panadero nos había dejado las barras de pan pedidas la noche anterior. Todas las mañanas, Paco el hornero cogía su Renault 4 furgoneta y subía al Mirador a dar el servicio de pan a domicilio. Era un hombre de costumbres inamovibles: misma ruta, misma hora, mismo pitido al pasar por delante de tu puerta si veía que la bolsa ya estaba recogida. Eran pequeños lujos de pueblo que disfrutar. Colgábamos la bolsa en la puerta de casa con un papel indicando el número de barras y el dinero pertinente, con la confianza absoluta de que nadie iba a tocar ni el papel ni las monedas. Paco era madrugador; yo nunca conseguí adelantarle. Los días que más cerca estaba de lograrlo era cuando, desde la casa de Primitivo el forestal, me pitaba y sacaba la mano por la ventanilla a modo de despedida. Para entonces ya había pasado. Olor a pan caliente en la bolsa de tela: benditos buenos días.

El desayuno era la antesala de los deberes escolares, pues, aunque hoy estén cuestionados, no recuerdo ningún verano sin tareas. Si no las tenía del colegio, me las ponían mis padres. Creo que se lo tomaban a modo de pretemporada, como los equipos de fútbol. Mi padre, en modo entrenador, quería que llegara en plena forma a los primeros días de colegio. No me rebelaba, pues prefería terminarlos cuanto antes pensando en todo lo que tenía por delante en un día de verano. La mesa del comedor se convertía en mi campo de batalla matutino: el cuaderno, el libro de lectura, las sumas con decimales que siempre se me atragantaban un poco. Mi madre pasaba de vez en cuando a comprobar que seguía sentado y no mirando por la ventana, que era lo que hacía en cuanto ella doblaba la esquina del pasillo.

Ya a punto de terminar mis tareas, oía sonar el timbre. Eduardo y Quique aparecían por la puerta con cara y gestos de inquietud, pues ya casi eran las once. ¿Tantas cosas teníamos que hacer? La respuesta, naturalmente, era que no. Pero once de la mañana en verano, con el sol ya pegando fuerte y el día entero por delante, era una hora que no admitía demoras. Había que salir.

Una forma perfecta de pasar la mañana era bicicleta en mano. Salíamos escopeteados y, justo al pasar por la casa del forestal, la carretera se convertía en un tobogán hasta el desvío del radiofaro. Aquella bajada tenía su protocolo: el que iba delante marcaba el ritmo, el de atrás intentaba adelantarle en el

tramo recto, y el tercero pedaleaba como un poseso intentando no quedarse solo. Nunca llegamos a cronometrarla, pero en nuestra memoria tiene la duración exacta de un grito largo.

Tras jubilarse en Calles como forestal, el padre de Pedro el Caracol llegó como su sustituto Primitivo, que estrenó la recién construida casa de los forestales. Era una casa muy bonita, construida con madera y de una sola planta, que destacaba en el paisaje con esa discreción bien entendida que tienen las construcciones que respetan el entorno. Si tuviese que definir con una palabra a Primitivo, esa sería «honesto». Era una persona menuda, delgada y con la timidez que da el venir de un pequeño pueblo del interior de Huesca. Hablaba poco y escuchaba mucho, que es una combinación poco frecuente y muy de agradecer. Tanto él como Clara, su mujer, y sus dos hijos pequeños, eran unos vecinos excelentes: de los que saludan, de los que ayudan si hace falta, de los que no dan problemas.

A su nueva casa llegaron un verano dos ingenieros forestales de Madrid a hacer las prácticas de la carrera. Eran dos chicos de la capital muy aficionados al deporte. Por las tardes solían salir a correr por la carretera. Se ponían ropas de running que a nosotros nos parecían muy raras: mallas ajustadas, camisetas de tirantes, zapatillas con amortiguación. Aquello de la ropa técnica y transpirable no era lo del momento en Calles, donde el atuendo deportivo estándar era el chándal Ressay de algodón que hacía bolsas en las rodillas y las zapatillas Paredes. Los mirábamos pasar con una mezcla de curiosidad y condescendencia, como se mira a quien hace algo que no entiendes pero que en el fondo te intriga.

Ya más tarde, mi casa se convirtió en el centro de reunión para ver en la tele las Olimpiadas de Los Ángeles. Era el verano de 1984. Los dos ingenieros pasaban a última hora de la tarde y algún día se quedaban a cenar cuando había partido a esa hora y la cosa se alargaba. Disfrutábamos con Epi, Sibilio, Fernando Martín y todo el equipo de baloncesto dirigido por Antonio Díaz Miguel, que consiguió, tras ganar a Yugoslavia en semifinales, llegar a la final frente a los EEUU de Michael Jordan. Fue una de esas tardes que se quedan grabadas: el salón lleno de gente, el calor de agosto colándose por la ventana entreabierta, y en la pantalla aquellos americanos altísimos y rápidos que parecían de otra especie. Los dos ingenieros se sabían los nombres de todos los jugadores americanos. Hablaban de tácticas de defensa en zona, del pick and

roll, de la transición rápida. A nosotros nos sonaba a chino, pero asentíamos con la cabeza intentando parecer más enterados de lo que estábamos.

Eran tiempos del Icona, de plantar pinos como si no hubiera un mañana, de hacer diques en las ramblas para evitar riadas, del volteo de campanas cuando había un «quemado» en el monte y de trabajo y empleo para muchos hombres del pueblo. El monte era entonces una fuente de vida real, no un decorado ni un parque temático: daba jornales, daba madera, daba sentido a buena parte de la semana de muchas familias de Calles.

Una vez pasado el tobogán y dejando a la izquierda el radiofaro, cogíamos dirección al Prao. Pero antes de llegar parábamos siempre en la curva donde Laure y Fede salieron literalmente volando con el Austin Victoria del padre de Laureanín. Para nosotros era un lugar de peregrinación obligada, un sitio donde la leyenda había tomado forma física en el asfalto. Un hurto a escondidas del coche paterno que, milagrosamente, se saldó con un susto y la consiguiente anécdota que se contaba y se volvía a contar cada vez que alguien nuevo se incorporaba a la pandilla.

La historia, para quien no la sepa, empieza con una frase inocente:

—Laureanín, ve al almacén y te traes dos botellas de butano.

Laureano padre, junto a su hermano Amadeo, eran los propietarios de la tienda de Calles y del bar del frontón, que con el tiempo se convertiría en el bar El Che. Tenían el almacén en lo que ahora es la farmacia del pueblo, y allí Laureano guardaba también su flamante Austin Victoria. Laure y su amigo Fede se miraron y se entendieron enseguida, con esa telepatía que tienen los amigos cuando están a punto de hacer algo que no deben. Era la oportunidad perfecta: llaves del almacén en el bolsillo y nadie mirando. Los dieciocho años aún estaban muy lejos, pero el coche estaba al alcance de la mano. Siguiendo las instrucciones de Fede, Laureanín metió la marcha atrás y sacó lentamente el Austin Victoria del almacén con una concentración que le honraba.

Nada más salir, vieron a Inma, una amiga de Valencia a la que animaron a subir. Ella declinó amablemente la invitación. Pura intuición femenina, que diría mi madre. Ellos dos solos enfilaron las cuestas del radiofaro y algo veía Fede en la trayectoria del coche que enseguida se puso el cinturón de seguridad. Pasaron el radiofaro a toda velocidad y en la curva anterior a la recta del Prao el coche salió literalmente volando debido a un inoportuno acelerón en plena curva. Dieron varias vueltas de campana y el vehículo quedó boca

abajo. Salieron como pudieron y pararon unos segundos para respirar y reflexionar. Era vital tener una buena coartada para minimizar broncas, y lo único que se les ocurrió fue decir que al soltar el embrague el coche se había levantado, volviéndose ingobernable. No contaban con que Abelico estaba en el alto, lo vio todo y se lo contó posteriormente a Laureano. Los testigos inoportunos son una constante en la historia de la humanidad.

Seat y Renault copaban las carreteras españolas, y un Austin Victoria era un vehículo raro, exótico y caro: su precio superaba las cien mil pesetas. Era el típico coche inglés, con sus rarezas. Hasta el cambio de marchas era diferente, pues parecía un mando de intermitentes. Laureano decidió, con buen criterio, arreglarlo. No quiero ni imaginar cuánto costó la reparación, ni la cara que se le quedó cuando vio el coche boca abajo en la cuneta.

Sigamos. El Prao era nuestro primer destino. Antiguo campo de fútbol de Calles, era en realidad una hondonada que, gracias a la humedad y a algún pequeño nacimiento de agua, conservaba el verdor casi todo el año. En verano, cuando el resto del paisaje se ponía amarillo y seco, el Prao mantenía ese verde particular de los sitios donde el agua no falta del todo. Los juncos del humedal eran nuestros grandes aliados para combatir el calor: siguiendo las indicaciones de Eduardo, los arrancábamos y chupábamos la parte blanca que quedaba bajo tierra. Tenían un sabor parecido al de la chufa. Era nuestra horchata particular, sin azúcar ni faralaes. En más de una ocasión las ovejas del pastor llegaban antes que nosotros y entrábamos en competencia, por lo que había que llevar un escrupuloso cuidado a la hora de seleccionar los juncos. No todos valían. Eduardo tenía un ojo clínico para distinguir los buenos de los que ya habían pasado por la boca de una oveja, habilidad que, reconocerá, no figura en ningún currículum, pero que en su momento fue invaluable.

Una vez resueltas nuestras necesidades isotónicas, procedíamos a subir en bici hasta el Puente Gris. Se trataba de una subida más o menos llevadera que concluía antes de coronar el alto que llevaba hasta la Puente Alta. A partir del Prao la ruta estaba telegrafiada: recta, curva a la izquierda, recta, curva a la derecha y el puente. Desde la carretera se divisaban las oliveras de los campos cercanos, esas mismas que hoy han sido sustituidas por las viñas de la bodega Vegamar. Rara vez sobrepasábamos el Puente Gris; era la distancia perfecta para no sufrir en demasía. Debemos considerar que las bicicletas que teníamos llevaban de todo menos aluminio y el cambio de marchas era una simple quimera, por lo que subir puertos se convertía en toda una odisea. Torrot,

BH, Orbea, GAC: esas eran las marcas del momento. Pesadas, fiables, sin pretensiones. Como nosotros.

Aun así, en alguna ocasión nos envalentonábamos y nos dejábamos caer por las rampas que llevaban hasta la Puente Alta. Aproximadamente un kilómetro pasado el alto hacíamos una parada previa en la Cueva Santa. Se trataba de una cueva situada a la derecha de la carretera, que pasó a ser corral de ganado, en la que según decía la tradición manaba agua solamente los días festivos. Nosotros entrábamos en la cueva tanto en días laborables como en festivos y no revelaré si la tradición era o no cierta. Podéis pasar vosotros a comprobarlo. Ya el padre Mares, rector de Chelva, en 1681 escribía sobre la Cueva Santa en la Fénix Troyana:

«En la partida de Villanueva, a media legua de esta Villa de Chelva, donde, en una altura a vista del blanco Turia, está al Mediodía la cueva Santa de Villanueva... Es la cueva de más de 20 pasos de larga y con forma de Capuz de Capuchinos. En la dicha cueva, entrando, a mano derecha del mismo peñasco, se enarbola una columna por la misma Naturaleza toscamente torneada... sobre la cual hay una fuente admirable... crece y decrece proporcionalmente por los días de la Luna... Lo que yo puedo hacer testigo es, que teniendo una hermana, en sus primeros años tan lastimada en los pies de unas incurables llagas... halló su dicha, pues lavándose con el agua de dicha fuente sus llagas desde luego comenzaron a enjugársele, de tal suerte, que dentro de tres días quedó tan sana, como si jamás las hubiese tenido».

La Puente Alta es un sitio precioso. Asomándote por el pretil puedes ver cómo el río Blanco todavía conserva parte de su belleza indomable. Esta otra forma de llamar al río Turia proviene del término árabe wadi al-abyad. Hoy es uno de los parajes de interior más bonitos y con más biodiversidad de la Comunidad Valenciana. Entonces podíamos beber del río, vigilando siempre que ninguna cuchareta se metiera entre nuestras manos. En realidad, la Puente Alta son dos puentes casi paralelos. El grande, con veintiocho metros de altura, es el que le da nombre. El otro lleva a las Colonias, una residencia juvenil a modo de campamento repleta de literas que en verano se llenaba de chavales de La Pobla de Vallbona, Benaguasil, Lliria y Benissanó. Incluso tenían una gran piscina cercana al río, que yo ya recuerdo en desuso, uno de esos lujos abandonados que los niños encontramos más fascinantes que los que están en pleno funcionamiento.

Pero ya nos seducían más las motos que las bicicletas. Teníamos una edad de transición en la que estábamos a punto de dejar la caza de la lagartija y las trampas de gorriones para intentar arrancar y acelerar las motos paternas, que, dicho sea de paso, eran unas máquinas más que peculiares. Eran marcas europeas, Lambretta y Mobylette; los japoneses todavía no habían copado el mercado. La Mobylette Campera de Eduardo era una moto afrancesada, con una estética muy cuidada, hecha para la Provenza francesa pero muy bien aclimatada a la España rural, con muchos detalles plateados y cuerpo granate. Muy económica en su uso, con muy pocas pesetas de mezcla tenías para toda la semana. Cada vez que veo por los pueblos una de ellas, se me van los ojos detrás.

La Lambretta era de 150 cc, al puro estilo italiano. Matrícula de Valencia, V-114.899; mi padre la compró de segunda mano. Era color crema con las tapas del motor azules. Más estilizada que la Vespa, tenía el chasis tubular y una mecánica muy simple. Mi hermano Carlos y yo, cuando nos aburríamos, desmontábamos el carburador, hacíamos como que lo limpiábamos y lo volvíamos a montar. Era un ritual sin mucho fundamento técnico, pero que nos hacía sentir importantes. El verdadero manitas y técnico motero era el padre de Eduardo, una persona muy meticulosa que sabía exactamente lo que hacía y por qué lo hacía, que es una combinación mucho menos frecuente de lo que parece.

—Hijo, ten cuidado con la máquina, que creo que va mal de frenos —le decía a Eduardo.

Nosotros asentíamos con la cabeza, pues ya habíamos notado en nuestros cuerpos esa ausencia de frenos bajando del Puente Gris. Tres chavales encima de una Mobylette sin frenos no era exactamente jugarse la vida, pero sí uno de los alicientes diarios. Saber de antemano que a la máquina le fallaban no era motivo suficiente para avisar al padre de Eduardo, que mientras tanto intentaba sortear los cipreses con alguna caída incluida probando el estado de la moto. Había una lógica perversa en todo aquello: si el padre también la llevaba con los frenos malos, el problema era de la moto, no nuestro. Ese razonamiento nos parecía impecable.

Poco a poco nuestro campo de actuación se ampliaba. Pasamos de jugar en el Mirador a descubrir el radiofaro, una edificación con dos torres gigantes que mandaban señales al espacio exterior. O eso decían. Nosotros nunca llegamos a saber muy bien qué hacía exactamente el radiofaro, pero su presencia

imponía. Allí fue donde conocimos a nuestro gran amigo Óscar. El radiofaro era el punto de encuentro, el lugar donde se cruzaban los caminos de varios mundos: el pueblo, el Mirador, la carretera hacia el Prao.

Fue cuando nos permitieron que el trayecto hasta el radiofaro lo hiciésemos en moto. Eran apenas seiscientos metros, pero nos parecían una inmensidad. Aparcábamos bajo una garrofera dentro del recinto y no nos preocupábamos de quitar las llaves del contacto. Nadie lo hacía entonces. El concepto de cerrar con llave era algo que en Calles se aplicaba con mucha generosidad.

Justo detrás del radiofaro nacía una pista de tierra que terminaba en el puente Barrequena, tras pasar la Cuesta de los Muertos –o Cuesta del Tiñoso, según a quién le preguntaras–, donde se accedía a un tramo del río Turia con pozas cristalinas, barbos enormes y truchas escondidas en las covaderas. Era uno de los sitios preferidos por mi padre para pescar. Recuerdo las jornadas junto a él, pescando truchas con mosquito para luego, algo incomprensible para un niño, devolverlas al río. Tardé años en entender esa lógica. También en esas jornadas aprendí el porqué del nombre de la cuesta, a distinguir un espárrago triguero de una mata de romero y, en definitiva, a amar nuestro territorio de una forma que no se aprende en ningún aula.

–El monte siempre cumple –decía él, enseñándome los pimpollos que crecían plácidamente a la sombra de un pino piñonero.

Subir esas cuestas con un Renault 12 resultaba a veces complicado. Cuando se veía a lo lejos el radiofaro, respiraba tranquilo. Pero no solo el radiofaro lanzaba señales; el pueblo también lo hacía.

A nuestros oídos llegaba la voz del tío Pablo el alguacil cuando «echaba bando». Los altavoces de la torre de la iglesia hacían que todo el mundo estuviese al tanto. Era un sistema de comunicación que hoy parece sacado de otra era geológica y que, sin embargo, funcionaba a la perfección: información directa, sin intermediarios, con la voz de Pablo proyectándose por las calles y llegando a todos los rincones del pueblo con una claridad que envidiaría cualquier emisora de radio. Los miércoles había mercado en Calles y los ambulantes se publicitaban en el bando. El tío Pablo empezaba narrando los puestos de fruta de verano, pasaba luego a enumerar toda la ropa íntima femenina habida y por haber, y terminaba con el calzado. Recuerdo que empezaba con el sabido «Por orden del señor alcalde, se hace saber...» y luego venía aquello de «Se vende toda clase de calzado: alpargatas de careta, talón y veta negra...». Lo recitaba de memoria, con el mismo tono y los mismos

énfasis de siempre, como un actor que conoce tan bien su papel que ya no necesita pensar en las palabras.

Vivíamos en un constante cambio. Paco el hornero cambió la bicicleta por un 4L; su madre, la tía Fina, aprendió a usar la calculadora; y Pablo el alguacil se atrevió a cambiar su inseparable corneta por un moderno micrófono al que rápidamente se acopló, con la naturalidad de quien lleva toda la vida esperando que le den una herramienta mejor. Calles seguía mandándonos mensajes, hasta que al final bajamos a descubrirlos.

Ex Libris



Vinatea Librers